En aquel momento los rayos de sol que por las ventanas se filtraban temblaron quebrándose en la nube de incienso que flotaba dulcemente, y que al llegar al altar dorado pareció como que animaba la sombría y terrible imagen del Cristo arriano.

El coro cantó:

«Que toda la carne humana calle y se incline temerosa sin pensar en nada terrestre. El Emperador de los emperadores, el Señor de los señores se ha dado en prenda y en alimento á sus fieles, rodeado de los ángeles armados de todos los poderes de los querubines de múltiples ojos, y de los serafines alados. ¡Aleluya! ¡aleluya! ¡aleluya!»

El canto pasaba como un huracán sobre las cabezas inclinadas de los peregrinos.

La imagen del Buen Pastor se alejaba; pero la mirada del adolescente seguía fija en Juliano, preñada de reproches y el corazón del niño se oprimía no bajo la influencia de la veneración, sino dominado por un miedo intolerable ante aquel misterio que él no debía adivinar jamás.

V

Desde la basílica arriana, Juliano volvió á Macelo y fué su primer cuidado ir en busca de su *trirreme*, y noticioso de que Eutropio había partido para un viaje, se escapó de la fortaleza para ir al templo de Afrodita, cercano á la iglesia de San Mauricio; el bosque sagrado de la diosa estaba contiguo al cementerio cristiano.

Constantemente había discusiones y hasta reyertas entre los concurrentes á los dos templos.

Los cristianos exigían la destrucción del templo pagano; el sacrificador, Olimpiador, se querellaba contra los guardianes de la basílica que por la noche derribaban secretamente los cipreses centenarios del bosque sagrado y cavaban tumbas para los cristianos en terreno de Afrodita.

Juliano penetró en el bosque; tibia brisa le envolvió y al niño le parecía sentir en la penumbra el aliento perfumado de Afrodita.

Entre las sombras de los árboles destacaban las

notas blancas de las estatuas. Un Eros había sido mutilado por un grosero guardián de la basílica que burlándose del ídolo le había roto su arco de mármol. El arma del Amor y las dos unidas manos del dios estaban sobre la tumba al pie de la estatua. Pero el travieso Eros seguía teniendo en los labios su picaresca sonrisa.

Juliano entró en la habitación del sacrificador. Los apartamientos eran pequeños, pero cómodos, y más pobres que lujosos. Ni tapices ni objetos de plata. Piso de piedra, muebles de madera y ánforas de barro cocido. Todos los objetos eran elegantes y artísticos. El mango de la lámpara de la cocina, obra maravillosa, representaba á Neptuno armado del tridente, las formas airosas de los vasos de barro llenos de aceite de oliva cautivaban la admiración de Juliano. A lo largo de los muros se veían valiosos frescos: nereidas montadas sobre unicornios, danzadoras sagradas, vestidas con largos *peplums* (1) que se plegaban graciosamente.

Todo era alegre en aquella casita inundada de sol; las nereidas, los unicornios, el Neptuno de la lámpara y los habitantes que desconocían lo que era feo, la maldad y el aburrimiento. Su frugalidad era tal que les bastaba para hallarse satisfechos dos docenas de aceitunas, un pedazo de pan blanco, un racimo de uvas y algunas copas de vino mezclado con agua.

Juliano entró en el jardincillo del atrio. Bajo el cielo azul un chorro de agua hendía el aire, y entre

(1) Mantos que las mujeres griegas llevaban sobre las túnicas.—*N. del T.*

los narcisos, los acantos, los tulipanes y los mirtos, se alzaba un Mercurio de bronce, alado y risueño como toda la casa.

Sobre las flores que el sol bañaba las mariposas y las abejas revoloteaban persiguiéndose. En el patio á la sombra del pórtico, Olimpiador y Amarilis, su hija, joven hermosa de diecisiete primaveras, se ejercitaban en el elegante juego antiguo del «Kottavo» sobre una columnita fija en el suelo, oscilaba, á modo de ostil de balanza, una delgada viga con una diminuta taza en cada extremo; sobre una de ellas había un vaso lleno de agua bajo los pies de una estatua de metal. Consistía el juego en verter desde determinada distancia, una copa de vino de suerte que llenando una de las dos tazas se hiciera mover la viga para golpear la estatua.

—¡Juega! ¡juega! ¡á tí te toca!—decía Amarilis.

—¡Una, dos, tres!

Olimpiador, arrojó el contenido de su copa, y erró.

Reía como un niño y causaba extrañeza ver á un hombre corpulento de cabellos grises entretenido con aquel juego inocente de muchachos.

Tocóle el turno á la joven, y recogiendo su túnica con gracioso movimiento, y lanzando el líquido de su copa, movió la tacita del «Kottavo» que resonó al chocar con la estatua.

Amarilis palmoteaba riendo ruidosamente.

Apareció Juliano, y padre é hija corrieron á su encuentro para abrazarle.

Amarilis gritó:

—Diofana. ¿Dónde estás? Ven á ver al huésped que viene á honrarnos. ¡Date prisa!

Diofana, la mujer de Olimpiador, salió corriendo de la cocina.

—¡Juliano, hijo mío!... Estás más delgado... ¡Hace tanto tiempo que no te vemos!...

Y con creciente alegría añadió:

—Esta noche tendremos un verdadero festín. ¡Voy á preparar coronas de rosas frescas, haré un asado y vosotros prepararéis un pastel de jengibre!

Una esclava joven se acercó á Olimpiador para decirle al oído que un rico patriarca de Cesárea deseaba hablarle.

Olimpiador salió tras la esclava. Juliano y Amarilis siguieron el juego del «Kottavo.»

Minutos después se acercó á ellos una muchacha de unos doce años, pálida, rubia; era la hija más pequeña de Olimpiador.

Psiquea, que así se llamaba, tenía hermosos ojos azules que miraban con tristeza y era el único sér que en aquella casa no participaba de la común alegría. Vivía aislada, y cuando los demás reían ella estaba pensativa, sin que nadie hubiera podido aún averiguar lo que la causaba placer ni lo que la entristecía.

Su padre la tenía por un sér enfermizo para el que no había cura posible y atribuía la causa del mal á los sortilegios de sus eternos enemigos los galileos, que para vengarse de él, le herían en uno de sus hijos.

La morena Amarilis era la preferida de Olimpiador, pero la madre mimaba secretamente á Psiquea, á la que adoraba con delirio que aumentaba á medida que se convencía de que aquella niña se le moría.

Psiquea salía furtivamente de la casa para entrar en la basílica de San Mauricio. Naurio el sacrificador, que conocía el secreto de la niña, la regañaba acremente, y cuando se le hablaba de ella su rostro tomaba sombría expresión de desagrado. Aseguraba que la impiedad de aquella niña era causa de que la viña, bendecida en otro tiempo por Afrodita, produjera menos fruto, y que bastaba la crucecita de oro que la muchacha llevaba al cuello para profanar el templo de la diosa.

—¿Por qué vas á la iglesia?—le preguntó una vez Juliano.

—No lo sé. ¡Se está tan bien allí! ¿Has visto al Buen Pastor?

—Sí, el Galileo. ¿Por quién le has conocido?

—Teodula me habló una vez de él y desde entonces voy á la iglesia. ¿Y por qué odian todos al Buen Pastor?

Olimpiador volvió triunfante y refirió cuanto con el patriarca había hablado. Se trataba de una joven de clase elevada á quien su prometido había abandonado; la joven se creía víctima de las hechicerías una rival. Había ido distintas veces á rogar inútilmente á san Mamio; pero ni los ayunos ni los rezos habían podido nada contra el encanto nefasto.

—¿Acaso los cristianos tienen virtud contra los malos espíritus?—dijo Olimpiador despreciativo y fijando la vista en Psiquea, que escuchaba atentamente.—La cristiana ha venido en demanda de mis sacrificios. Afrodita la curará.

En las manos llevaba dos pichones blancos que

la cristiana le había dado para que se los ofreciera en sacrificio á la diosa del Amor.

Amarilis tomó las aves y después de besarles cariñosamente el pico, dijo que era gran lástima matarlas.

—Padre, se los ofreceremos á la diosa sin verter sangre.

—¡Imposible! Los sacrificios exigen sangre.

—Les daremos libertad y volarán hacia el cielo en derechura al trono de Afrodita. La diosa está en el cielo, ¿verdad?

Olimpiador no tuvo valor para oponerse al deseo de su hija, y desatando á los pichones les dió libertad; los animalitos, agitando alegremente sus blancas alas subieron hacia el cielo «hasta el templo de Afrodita».

El sacrificador los seguía con la mirada, viendo desaparecer en las nubes la ofrenda de la cristiana, mientras Amarilis saltaba gozosa diciendo:

—¡Afrodita! ¡Afrodita! acepta este sacrificio puro.

Olimpiador salió.

Juliano, solemne y temeroso, se aproximó á Amarilis; sus mejillas se arrebolaron y su voz tembló al pronunciar el nombre de la joven.

—¡Amarilis! te traigo...

—¡Ah! Ya hace tiempo que quería preguntarte cuál era el regalo misterioso que me guardabas.

—Es un trireme.

—¿Un trireme?... ¿Qué quieres decir?

—Un verdadero trireme liburnio.

Rápidamente desenvolvió su regalo, y dominado bajo el peso de las curiosas miradas de la joven,

colocó con mano temblorosa el juguete en la taza de una fuente.

—¿Lo ves, Amarilis?... es un trireme... un verdadero trireme... con sus velas... su timón... ¿Ves como boga?

Pero Amasilis reía ruidosamente.

—Y bien, ¿qué quieres que haga yo con ese trireme?... De fijo que no podré hacer en él un largo viaje. Es un navío para ratones... Regálaselo á Psiquea, que de seguro se quedará muy contenta.

Juliano, aunque profundamente apenado, procuraba aparecer indiferente, dominando las lágrimas que asomaban á sus ojos; hizo un supremo esfuerzo y con los labios temblorosos, dijo queriendo aparecer desdeñoso:

—Veo que no sabes nada... de arte.

Amarilis se puso á reir con mejor gana.

Para colmo de desdichas se la avisó que acababa de llegar su prometido, rico mercader de Samos que vestía mal, se perfumaba con exceso y que al hablar cometía verdaderos crímenes gramaticales.

Juliano le detestaba, y cuando supo que el comerciante había llegado, toda la casa perdió el encanto que hasta entonces había tenido para él.

Desde la pieza inmediata llegaba á sus oídos la conversación murmurante y apagada de los novios.

Sin pronunciar ni una palabra, con rabia reconcentrada, tomó Juliano su navecilla, su verdadero trireme liburno, que tanto trabajo le había empleado, y ante Psiquea asombrada, arrancó las velas, destrozó los palos y pisoteó el juguete de modo que no quedó de él pedazo entero.

Amarilis volvió. Su rostro denunciaba singular

dicha, superabundancia de vida, ese exceso de amorosa felicidad que impulsa imperiosamente á las mujeres á besar y abrazar á todos cuantos las rodean.

—¡Juliano!... ¡perdóname!... Te he hecho mucho daño, lo comprendo... ¡Perdóname! Bien sabes cuanto te amo.

Y antes de que el niño hubiese tenido tiempo de responder, Amarilis le sujetó por la túnica y aprisionó su cabeza entre los desnudos brazos.

Dulce temor detuvo los latidos del corazón de Juliano; ¡veía tan de cerca los hermosos ojos negros! ¡de aquella carne se escapaba un olor tan penetrante y la joven le estrechaba con tanta fuerza contra su robusto seno! que el niño sentía vértigos. Cerró los ojos y sintió sobre sus labios un beso dolorosamente largo.

La voz del mercader destruyó el encanto.

—¡Amarilis! ¡Amarilis! ¿Dónde estás?

Juliano empujó á la joven con todas sus fuerzas, y con el corazón desbordante de dolor y odio, gritó:

—¡Déjame! ¡déjame!

Se escapó de sus brazos y huyó.

Se alejó de la casa sin hacer caso de nada, y atravesando á buen paso las viñas y el bosque de cipreses, no se detuvo hasta que llegó al templo de Afrodita.

Oía que le llamaban. La voz fresca y alegre de Drofana le anunciaba que las galletas de gengibre estaban preparadas, pero Juliano no respondió.

Fueron en su busca y él se escondió á los pies de Eros tras las plantaciones de laurel.

Drofana, ya acostumbrada á las rarezas del niño,

creyó que se había ido á Macelo y volvió á la casa.

Cuando se alejó Drofana, Juliano salió de su escondite y clavó la vista en el templo de la diosa del Amor, levantado sobre una elevada colina descubierta por todos lados.

El mármol de las columnas jónicas, inundadas de sol, se bañaban en el azul sombrío y cálido que parecía abrasar al mármol frío y blanco como la nieve.

Cada lado del frontón estaba coronado de zócalos, sosteniendo grifos que con sus garras, sus picos de águila abiertos, sus senos de mujer destacaban soberbios sus severos contornos sobre el fondo azul del cielo.

Juliano subió las gradas del pórtico, empujó la puerta de bronce y penetró en el interior del templo, el *naos* sagrado.

Silencio agradable y frescor grato le envolvían. El sol poniente alumbraba todavía el remate de los capiteles, en los que los finos repliegues semejaban bucles de oro que contrastaban con la mortecina luz que llenaba la parte baja del templo.

Del trípode salía aún olor de mirra quemada.

Juliano se apoyó en el muro y alzó los ojos con timidez, conteniendo la respiración que en sus labios espiraba.

¡Oh, sí, era *Ella*!

Bajo el cielo raso, en el centro del templo, brotando de las espumas del mar, se alzaba, fría y blanca, Afrodita Anadioneme.

La diosa contemplaba sonriente el mar y el cielo, admirada de su encanto é ignorando todavía que

era su propia belleza que se reflejaba como en eternos espejos, en el cielo y en las aguas.

Ningún vestido profanaba su divino cuerpo; aparecía casta y desnuda como el cielo sin nubes que sobre su cabeza se dilataba.

Juliano la miraba sin saciarse, y de repente sintió que el escalofrío, nuncio de la adoración, sacudía su cuerpo; el niño, cubierto con obscuro hábito monacal, cayó arrodillado ante Afrodita con los ojos fijos en ella y las manos comprimiendo las palpitaciones de su corazón.

Después, siempre alejado y tímido, se sentó al pie de la columna sin apartar los ojos de la estatua; apoyó la cabeza contra el mármol; la paz descendió á su alma; se quedó dormido.

Pero á través de su sueño seguía adivinando la presencia de Afrodita.

Bajaba y cada vez la tenía más cerca. Sus finas manos blancas enlazaron el cuello de Juliano. El niño sonriente se abandonaba á estas caricias: hasta el fondo de su corazón penetraba el frío del mármol.

Aquellas santas caricias no se parecían en nada á los apasionados abrazos de Amarilis. El alma de Juliano se libraba del amor terreno y alcanzaba el postrero descanso, semejante al reposo dulce de la muerte.

. . . . . .

Cuando despertó Juliano era de noche; por el cuadrilátero abierto en el centro del templo se veían brillar las estrellas; y la luna, en creciente, proyectaba su luz argentada sobre la cabeza de Afrodita.

Juliano se levantó.

Olimpiador debía de haber estado allí; pero ó no se había fijado en el niño, ó no había querido despertarle; en el trípode de bronce ardían carbones puestos recientemente, y un hilillo de oloroso humo ascendia hacia la diosa.

Juliano, sonriente, se acercó, tomó de la copa de crisólito puesta junto al trípode algunos granos resinosos y los arrojó sobre los carbones.

El humo subió más espeso y el reflejo rosáceo del fuego animó, dándole aparente vida, el rostro de la diosa, sobre la que seguía cayendo la blanca luz de la luna.

Juliano se inclinó, besó los pies de la estatua, que humedeció con sus lágrimas y exclamó con inefable entusiasmo:

—¡Afrodita! ¡Afrodita! ¡Yo te amaré eternamente.

010800